

La Santificación

I. Introducción

Siempre es bueno, antes de lanzarnos al peregrinaje, analizar el mapa para poder conocer mejor el terreno que vamos a pisar. O sea, muchos cristianos prefieren hablar solamente de las cosas prácticas sin considerar primero la teoría, la teología. Esto puede ser peligroso, como empezar un viaje sin mapa y esperar encontrar el camino correcto en ruta. Mejor es entender por lo menos algo del camino antes de salir. De igual modo es mejor entender algo de la teología de la formación espiritual antes de aprender la práctica de ella. Por eso tenemos que empezar reflexionando sobre la doctrina de la santificación.

II. ¿Qué es la Santificación?

¿Qué significa la santificación? Por supuesto tiene algo que ver con la santidad, ¿no es cierto? Simplemente, la santificación es la obra progresiva del Dios trino en la vida de un cristiano por medio de la cual el cristiano está siendo transformado continuamente en la imagen de Cristo en la santidad verdadera. O realmente, se puede decir que la santificación es un nombre teológico para la formación espiritual. O sea, la santificación se refiere al proceso que Dios utiliza para llevarnos hacia la meta de la santidad de Cristo.

Vamos a considerar tres elementos vitales de la santificación. Y vas a observar muy pronto como cada uno de estos tres elementos son como dos lados de la misma moneda. Es decir, cada elemento tiene dos aspectos que parecen contradecirse. Lo que tenemos que entender es el equilibrio que cada elemento debe mantener.

A. La Naturaleza de la Santificación

¿Cómo es la santificación? ¿Es algo que ocurre instantáneamente o es un proceso lento y largo? ¿Empieza en el momento de recibir a Cristo o después de otra experiencia sobrenatural? ¿Cuál es la naturaleza esencial de la santificación? Para contestar estas preguntas tenemos que pensar en dos características de la santificación.

1. La Santificación es definitivo: Un estado conferido a los Cristianos en la salvación

En primer lugar, la santificación es sobre todo una condición, un estatus, una posición que Dios confiere a los cristianos y no un logro obtenido por las personas super-espirituales. Es decir, es una obra que Dios hace en nosotros en el momento que nos convertimos. Yo sé que también es mucho más que esto, pero por ahora, tenemos que entender que por un lado la santificación es un hecho, una realidad en la vida de cada cristiano. Todos los cristianos genuinos, los que verdaderamente han nacido de nuevo, ya son santificados. Por eso la Biblia les llama “santos” porque es su estado real otorgado por Dios en el momento de su salvación.

El NT afirma esta verdad importante en varios pasajes. Por ejemplo, en Hechos 20:32 Pablo se está reuniendo por la última vez con los ancianos de la iglesia de Éfeso, preparándolos para su salida e informándoles que nunca más van a volver a verle. Pablo dice, “*Y ahora, hermanos, os encomiendo a Dios y a la palabra de su gracia, que tiene poder para sobreedificaros y daros herencia con todos los santificados.*” Según Pablo, la palabra de Dios le ofrece al pueblo de Dios una herencia y esa herencia es algo compartido “*con todos los santificados.*” Es decir, con todos los que son santos, todos los que Dios ya ha otorgado el estatus de ser santo. Por supuesto el título “santos” no se refiere a un grupo especial dentro del cristianismo (como en la religión católica) sino a todos los cristianos verdaderos. Entonces lo que Pablo anuncia aquí es que los creyentes de Éfeso por su relación con Dios ya comparten con todos los que ya son santificados una herencia (Pablo utiliza un verbo en el tiempo perfecto que implica una acción ya

terminada pero que tiene resultados continuos. Es decir, ya son santificados y ahora continúan en esa condición). Cada cristiano es parte de “*todos los santificados*.”

Se ve la misma verdad en Hechos 26:18 donde Pablo comparte su testimonio frente al Rey Agripa. Pablo dice que el propósito por el cual Dios le salvó fue que el fuera a los gentiles “*para que abras sus ojos, para que se conviertan de las tinieblas a la luz y de la potestad de Satanás a Dios; para que reciban, por la fe que es en mí, perdón de pecados y herencia entre los santificados*.” Otra vez se ve que los que Dios ha salvado ya son santificados (Otra vez Pablo utiliza un verbo en tiempo perfecto indicando que es una realidad definitiva con resultados continuos). El estatus de los cristianos es que ya son santificados. Es un estado verdadero conferido por Dios en el momento de su salvación.

Otro ejemplo se encuentra en Hebreos 10:10, “*En esa voluntad somos santificados mediante la ofrenda del cuerpo de Jesucristo hecha una vez para siempre*.” El autor dice que es por la muerte de Cristo que ya somos santificados (El autor utiliza un participio en el tiempo perfecto que implica un hecho que ya es una realidad y que tiene resultados continuos). No es algo que esperamos en el futuro, ni algo que tenemos que lograr nosotros, sino es algo que ya “poseemos” por la muerte de Jesús por nosotros. 1 Corintios 6:9-11 enseña lo mismo diciendo, “*¿No sabéis que los injustos no heredarán el reino de Dios? No os engaños: ni los fornicarios, ni los idólatras, ni los adúlteros, ni los afeminados, ni los homosexuales,¹⁰ ni los ladrones, ni los avaros, ni los borrachos, ni los maldicientes, ni los estafadores, heredarán el reino de Dios.¹¹ Y esto erais algunos de vosotros, pero ya habéis sido lavados, ya habéis sido santificados, ya habéis sido justificados en el nombre del Señor Jesús y por el Espíritu de nuestro Dios*.” Pablo afirma algo increíble, los corintios han sido transformados radicalmente. Algo les pasó para que sean totalmente diferentes y para que puedan heredar el reino de Dios. ¿Qué fue? Dios les salvó. Dice Pablo que los creyentes ya son lavados, ya son santificados, ya son justificados. Estas situaciones que ellos disfrutaban (lavados, santificados, justificados) son realidades que ellos ya tienen. No son sueños o esperanzas, son hechos ya realizados. Por eso, cuando Pablo escribe su primera carta a esa iglesia puede escribir, “*a la iglesia de Dios que está en Corinto, a los santificados en Cristo Jesús*”. Ser parte de la iglesia de Cristo es ser santificado.

Entonces el punto en todo esto es que la santificación es un estado ya otorgado por Dios a sus hijos escogidos en el momento de su conversión. Cuando una persona recibe a Cristo la Biblia dice que esa persona es santa, ha sido santificada. Ojo, no es una declaración de su moralidad práctica, ni de su madurez espiritual o nada por el estilo. Más bien es una declaración de su posición espiritual, de su estatus frente a Dios y se basa cien por ciento en la obra redentora de Cristo hecha por nosotros. El murió por nosotros y cuando por fe recibimos ese regalo, instantáneamente Dios nos declara santo. ¡Nuestro estado ha cambiado!

Ahora, aunque todo esto es verdad, no es la única verdad que tenemos que entender. La moneda tiene otro lado que también tenemos que examinar.

2. La Santificación es progresiva: Un proceso continuo que comienza en el momento de la salvación

Esto es el lado en que generalmente pensamos cuando se trata de la santificación probablemente porque es el lado que vivimos todos los días. Mientras es verdad que todos los cristianos ya son santificados, también es verdad que tenemos que ser santificados. Dios ya nos ha declarado santo, pero también tenemos que alcanzar la santidad y crecer en santidad y llegar a ser santo en toda nuestra manera de vivir. Lo que nos parece una contradicción es una verdad bíblica. Es un ejemplo de lo que se llama “el ya y el todavía no.” O sea, muestra que la

santificación ya es una realidad pero que todavía no es una realidad. ¡Ambos lados son verdad a la vez!

Antes de resolver este rompecabezas debemos ver como la Biblia enseña que la santificación es un proceso. El pasaje clásico que enseña que la santificación es un proceso es Filipenses 1:6 donde dice Pablo, *“estando persuadido de esto, que el que comenzó en vosotros la buena obra la perfeccionará hasta el día de Jesucristo.”* Es obvio que Pablo está describiendo un proceso. Él afirma su confianza que es Dios que está llevando a cabo el proceso de la santificación en la vida de los creyentes. Y ese proceso de santificación empieza en el momento de la conversión y continúa hasta el regreso de Cristo. Todos los cristianos verdaderos tenemos una confianza profunda que si Dios realmente ha iniciado el proceso de la santificación en nosotros El mismo lo va a continuar hasta que llegue a su meta final, nuestra perfección. Podemos concluir entonces que la santificación es progresiva; es una obra que siempre está avanzando hacia la meta y que se llegará a la meta cuando Cristo regrese por segunda vez.

Hay otros pasajes que enseñan que la santificación es un proceso de crecimiento, un proceso constante y continuo (aunque no todos los pasajes utilizan la palabra “santificación” es obvio que la idea es igual). Por ejemplo, 1 Pedro 2:2 nos dice, *“desead, como niños recién nacidos, la leche espiritual no adulterada, para que por ella crezcáis para salvación.”* La idea de *“crecer para salvación”* implica un proceso. Pedro habla de la salvación como la meta hacia la cual estamos avanzando. La idea es que somos inmaduros espiritualmente y por eso necesitamos progresar hacia la madurez, hacia la salvación. Es otra manera de decir que estamos siendo santificados. La santificación es progresiva. 2 Pedro 3:18 dice lo mismo. Pedro anima a los creyentes, *“creced en la gracia y el conocimiento de nuestro Señor y Salvador Jesucristo.”* No hemos llegado todavía a la meta y por eso tenemos que crecer. Esta es la misma idea que comunica Pablo en Filipenses 3:12-14, *“No que lo haya alcanzado ya, ni que ya sea perfecto; sino que prosigo, por ver si logro asir aquello para lo cual fui también asido por Cristo Jesús.”*¹³ *Hermanos, yo mismo no pretendo haberlo ya alcanzado; pero una cosa hago: olvidando ciertamente lo que queda atrás y extendiéndome a lo que está delante,*¹⁴ *prosigo a la meta, al premio del supremo llamamiento de Dios en Cristo Jesús.”* Pablo todavía estaba “en proceso.” Él no había alcanzado la meta “del supremo llamamiento de Dios.” Lo mismo enseña Efesios 4:12-13 cuando dice que Dios ha dado a la iglesia líderes, *“a fin de perfeccionar a los santos para la obra del ministerio, para la edificación del cuerpo de Cristo,*¹³ *hasta que todos lleguemos a la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios, al hombre perfecto, a la medida de la estatura de la plenitud de Cristo.”* Obviamente no hemos sido perfeccionados todavía, no hemos llegado a la meta de “la plenitud de Cristo” entonces buscamos avanzar cada día. Es obvio que la santificación es progresiva, es un proceso continuo que comienza en nuestra conversión y continua hasta que Cristo regrese.

Ahora, hemos visto dos lados de una misma moneda. Hemos visto que la santificación es algo definitivo, algo que Dios nos otorga en el momento de la salvación. Pero también hemos visto que la santificación es un proceso, algo que empieza en la salvación, pero que no termina hasta que Cristo venga por segunda vez. La cuestión es, ¿Cómo pueden tener la razón ambos lados? ¿Cómo puede la santificación ser tanto progresiva como definitiva, una realidad ya hecha y un proceso que nunca vamos a terminar hasta que venga Cristo? Tenemos que ver como estos dos lados aparentemente contradictorios se complementan perfectamente.

3. La relación entre los dos aspectos

Ya hemos visto como la Biblia enseña claramente que la santificación es tanto definitiva como progresiva. Es sumamente importante que mantengamos juntos estos dos aspectos de la

santificación y que los pongamos en su orden correcto. ¿Cuál es ese orden? Primero Dios nos otorga un nuevo estatus en el momento de nuestra salvación – Él nos declara santo. No es algo que hemos logrado, sino algo que Dios mismo declara, que Dios mismo nos confiere. Luego, justo porque ya somos santificados con respecto a nuestra posición delante de Dios, Dios nos llama a vivir consecuente con ese nuevo estatus. O sea, Dios desea que nuestra condición diaria se ajuste a nuestra nueva posición. Somos santos, pero Dios desea que vivamos vidas santas. Es decir, Dios quiere que vivamos lo que somos. El hecho de haber sido declarado santo inicia el proceso donde podemos llegar a ser santo en nuestra práctica, en nuestra vida diaria. No podemos confundir estos dos aspectos o vamos a vivir vidas derrotadas y frustradas. J.I. Packer escribió “el Nuevo Testamento no dice que los cristianos deben vivir vidas santas para hacerse santos, sino dice a los cristianos que, por ya ser santos, deben vivir vidas santas.” El orden no se debe confundir, primero la conversión, después la santidad práctica. Primero, nos declara santificados, después nos esforzamos para ser santificados. En el momento de nuestra conversión Dios nos declara santificado y es una realidad innegable, sin embargo, todavía no se ve la santidad vivida, no se nota la santidad en toda nuestra manera de vivir, entonces el resto de nuestras vidas consiste en el proceso largo y arduo de la santificación práctica donde intentamos ser lo que Dios ya ha declarado que somos.

La Biblia afirma este orden. Por ejemplo, Colosenses 3:12 dice, “*como escogidos de Dios, santos y amados vestíos ...*” y sigue diciéndonos como debemos vivir. También Efesios 5:8 dice, “*ahora sois luz en el Señor; andad como hijos de luz.*” O sea, primero viene nuestra nueva identidad, nuestra posición – somos escogidos, santos, amados (Col 3:12) y luz (Efesios 5:8) y después viene la responsabilidad de poner en práctica esas realidades. En otras palabras, es nuestro nuevo estado delante de Dios otorgado en el momento de la salvación que motiva y hace posible una vida de santidad. Nosotros seguimos la meta de la santidad justo porque ya somos santos. Quizás puedo ilustrar esta verdad así: en el momento de nuestra conversión Dios pinta un cuadro perfecto de nosotros, un cuadro ya terminado que muestra el producto final que Dios tiene en mente para nuestras vidas. Él pone ese cuadro delante de nuestros ojos y nos dice, “esto es como yo te veo ahora y como vas a ser algún día. Ahora voy a tomar otro cuadro y voy a pintar tu retrato otra vez, pero esta vez paulatinamente, toque por toque, hasta que el nuevo retrato parezca perfectamente el retrato que ya he pintado y he puesto delante de tus ojos.” Y el proceso empieza. Entonces, hermanos, nuestras vidas son como esa obra del pintor, Dios ya nos ha declarado santo y nos ve así. Es una posición y estatus ya determinado, ya fijo. Ahora tenemos que ser transformados poco a poco hasta que nuestra vida parezca la de ese retrato perfecto, la imagen de Cristo.

Ahora nos toca considerar dos elementos más con respecto a este proceso de la santificación:

B. El Autor de la Santificación

1. La Santificación es una obra divina del Dios Trino

Tanto con respecto a la santificación definitiva como con la santificación progresiva es Dios que es el agente principal en esta obra. En otras palabras, llegamos a ser santos no por nuestros esfuerzos y deseos sino por el obrar de Dios en nosotros. Sobre todo, nuestra santificación es un regalo de Dios, una obra de su infinita gracia. Y es el Dios trino que es el autor de la santificación como enseña la Biblia.

Observen como Dios es el autor de santificación. En el libro de Éxodo Moisés relata como Dios le dio a su pueblo su santa ley. Dentro de esa ley había instrucciones sobre el día de reposo y como ese día especial servía como una señal entre Dios y su pueblo. Pero ¿Cuál fue el propósito

por esa señal? Éxodo 32:13 dice, “*En verdad vosotros guardaréis mis sábados, porque es una señal entre mí y vosotros por vuestras generaciones, para que sepáis que yo soy Jehová que os santifico.*” Dios quería que su pueblo le reconociera a Él como el Dios que le santifica. Es Dios mismo que hace la obra de apartar a su pueblo y hacerle santo. Pablo está de acuerdo cuando él dice en 1 Tesalonicenses 5:23, “*Que el mismo Dios de paz os santifique por completo.*” Pablo reconoce que es Dios que santifica y por eso le pide eso. Dios es el autor de la santificación.

No obstante, lo que es verdad del Padre también es verdad de su hijo Jesucristo. El pasaje clave es 1 Corintios 1:30. Pablo les hace recordar a los Corintios que cuando Dios les escogió Él no estaba escogiendo a los mejores. De hecho, El escogió a los necios, a los débiles, y a los menospreciados de este mundo para que nadie pudiera jactarse delante de El como si ellos merecieran su salvación. Pablo concluye, “*Pero por él estáis vosotros en Cristo Jesús, el cual nos ha sido hecho por Dios sabiduría, justificación, santificación y redención.*” Dios nos ha unido con su hijo Jesús y por esa unión Cristo mismo **ES** nuestra santificación. Cristo es el regalo de Dios para nosotros y con El vienen todas las bendiciones de la salvación inclusive la santidad. Él es nuestra santificación. El autor de Hebreos concurre cuando dice en 2:11 que Cristo es “*el que santifica.*” También en Hebreos 10:10 el mismo autor nos enseña que es por la muerte de Cristo que hemos sido santificados. Él dice, “*En esa voluntad somos santificados mediante la ofrenda del cuerpo de Jesucristo hecha una vez para siempre.*” Entonces la Biblia es muy clara que tanto Cristo como el Padre son los autores de la santificación.

Por supuesto la Biblia enseña también que el Espíritu Santo es el agente de la santificación. Por eso, él es El Espíritu **SANTO**, el Espíritu cuya característica principal es la santidad. En 1 Pedro 1:2 leemos que hemos sido “*elegidos según el previo conocimiento de Dios Padre en santificación del Espíritu.*” Demuestra que el Espíritu Santo nos apartó para ser el pueblo santo de Dios. Gálatas 5:16 enseña que la manera de vencer el pecado en nuestra vida diaria es viviendo según la voluntad del Espíritu. Dice el texto, “*Andad en el Espíritu, y no satisfagáis los deseos de la carne.*”

El punto es bastante claro, entonces, Dios trino es el autor de la santificación y todos nuestros esfuerzos estarán siempre en vano y frustrados a menos que Dios mismo esté obrando a través de ellos produciendo en nosotros lo que nosotros no podemos hacer solos, hacernos santos. Llegaremos a ser santos por una obra divina porque Dios es “*el que santifica.*”

Ahora, lo que acabamos de decir es verdad según la Biblia, pero mientras examinamos las mismas Escrituras nos damos cuenta de que hay otro lado de la moneda.

2. Dios santifica a través de los esfuerzos humanos

Aunque no cabe duda de que Dios sea el agente de la santificación, también es bien claro que Dios utiliza medios para producir la santidad en nosotros. Es decir, el proceso de la santificación no es algo mágico que Dios hace, no hay una pastilla sobrenatural, no hay una infusión espontánea de santidad que podemos tomar. Dios produce la santidad en nosotros a través de varios medios, uno de los cuales es el esfuerzo humano. Ojo, no es que nosotros producimos la santidad por nuestros esfuerzos, ni que Dios hace la mitad y nosotros la otra mitad. No es así. Siempre es Dios que produce la santidad cien por ciento, pero que El produce la santidad en nosotros a través de nuestros esfuerzos humanos. Por eso la Biblia nos exhorta que la santificación venga a través del sudor y labor de las batallas espirituales, a través de la práctica diaria de las disciplinas espirituales, y a través del peregrinaje arduo de la comunión con Dios. La Biblia dice, “*Ejercítate para la piedad,*” y “*Seguid la santidad*” y “*pelead la buena batalla.*” Estos no son respuestas pasivas, sino un llamado a la guerra porque así es la santificación, una batalla diaria.

Este llamado a un esfuerzo fuerte se encuentra en varios pasajes. Por ejemplo, en 2 Corintios 7:1 Pablo hace recordar a los hermanos que Dios estará con ellos siempre y cuando ellos se aparten de toda idolatría. Después concluye, *“Así que, amados, puesto que tenemos tales promesas, limpiémonos de toda contaminación de carne y de espíritu, perfeccionando la santidad en el temor de Dios.”* En otras palabras, puesto que Dios ha llamado a su pueblo a la pureza, tenemos que obedecer este llamado haciendo todo lo posible para purificarnos de todo lo impuro. No somos espectadores, sino participantes activos que se esfuerzan para ser santos.

Otro ejemplo es 2 Pedro 1:5-7. Pedro dijo que Dios ya nos había dado todo lo necesario para vivir vidas piadosas. Todo lo que necesitamos está disponible. Si esto es cierto ¿Cómo debemos responder? Pedro contesta, *“Por esto mismo, poned toda diligencia en añadir a vuestra fe virtud; a la virtud, conocimiento; ⁶al conocimiento, dominio propio; al dominio propio, paciencia; a la paciencia, piedad; ⁷a la piedad, afecto fraternal; y al afecto fraternal, amor.”* Requiere una diligencia de parte de nosotros. Tenemos que hacer todo lo posible para que esas características se añadan a nuestras vidas espirituales. Si lo hacemos, si nos esforzamos Pedro dice que vamos a llevar mucho fruto y *“os será otorgada amplia y generosa entrada en el reino eterno de nuestro Señor y Salvador Jesucristo.”*

También observen 1 Juan 3:3. Juan recuerda a los creyentes que cuando regrese Cristo ellos lo van a ver y serán semejantes a Él. Pero ¿Cuáles son las implicancias prácticas y personales de esta esperanza? Dice Juan, *“Y todo aquel que tiene esta esperanza en él, se purifica a sí mismo, así como él es puro.”* El hecho de que en la consumación de la historia vamos a ser transformados en la imagen de Cristo debe motivarnos a seguir la santidad ahora en el presente. Nosotros que tenemos esta esperanza insondable debemos hacer todo lo posible para purificarnos diariamente. No somos pasivos en este proceso, sino actores motivados por la esperanza de ver a Cristo. Requiere un esfuerzo personal.

¿Ahora ves como la santificación requiere un desempeño fuerte? Tenemos que obedecer la palabra de Dios, desechar el viejo hombre, presentar nuestros cuerpos como sacrificios, ejercitarnos, disciplinarnos, etc. Es cierto que siempre es Dios que nos santifica, pero Dios lo hace mientras el cristiano confía, entrena, sirve, ora, se esfuerza. Dios santifica, esto nunca debemos olvidar jamás. Pero Dios santifica a través de los esfuerzos humanos.

3. La relación entre los dos aspectos

Ahora tanto el obrar de Dios como el nuestro se tiene que mantener juntos. Nunca se debe separar el uno del otro. Tenemos que aprender que su gracia y nuestros esfuerzos no se contradicen, sino se complementan. Nosotros si no fuera por la gracia de Dios nos quedaríamos totalmente sin poder para alcanzar la santidad y Dios nos ha dado su gracia justo para que pudiéramos avanzar en santidad. Los dos lados son esenciales. El pasaje clave que enseña la relación entre los dos aspectos se encuentra en Filipenses 2:12-13. *“Por tanto, amados míos, como siempre habéis obedecido, no solamente cuando estoy presente, sino mucho más ahora que estoy ausente, ocupaos en vuestra salvación con temor y temblor, ¹³porque Dios es el que en vosotros produce así el querer como el hacer, por su buena voluntad.”* Pablo empieza con el lado humano, *“ocupaos en vuestra salvación.”* La palabra “ocupaos” es la palabra clave y traduce la palabra griega *κατεργαζεσθε* que significa acá trabajar o esforzarse (La NVI dice, *“lleven a cabo su salvación con temor y temblor.”*). Se nota aquí que nuestra labor es vital. Si no nos esforzamos nunca vamos a ser santos. La idea es que tenemos que obedecer a Dios y a sus mandatos esforzándonos continuamente, trabajando vigorosamente para que nuestra salvación se muestre en nuestra vida diaria. Nuestra labor es esencial. Sin embargo, no es suficiente. Por ende, Pablo añade la segunda parte, *“porque Dios es el que en vosotros*

produce...” Si, tenemos que esforzarnos, sin embargo, nuestro trabajo es una respuesta a la obra de Dios. Nuestro trabajo se hace posible porque Dios ya ha trabajado antes. Su obra es la base, el fundamento para nuestro trabajo. Su obra motiva y nos da energía y poder para que podamos obrar nosotros. Como Juan Murray ha escrito, “El obrar de Dios en nosotros no se suspende porque obramos nosotros, ni tampoco se suspende nuestro obrar porque Dios obra. Tampoco es la relación meramente una de una cooperación como si Dios hiciera su parte y nosotros la nuestra para que la suma de los dos produjera el resultado querido. Dios obra en nosotros y también nosotros obramos. Pero la relación es que es porque Dios ha obrado que nosotros obramos. Todo el *“ocuparnos en nuestra salvación”* por nuestra parte es el resultado del obrar de Dios en nosotros.” El ánimo que Pablo nos da en este proceso de “llevar a cabo nuestra salvación” es la seguridad de que es Dios mismo quien está trabajando dentro de nosotros. Cuanto más nos esforzamos en este proceso de seguir la santidad, más confianza podemos tener que Dios está haciendo su obra en nosotros.

4. Los medios que Dios utiliza para producir la santidad en nosotros

Tiene mucho sentido creer que dado que es Dios que nos santifica, siempre vamos a experimentar su obra santificadora más a través de un contacto íntimo con El. O sea, Él nos transforma mientras estamos disfrutando de una comunión personal con El. Como dice 2 Corintios 3:18 es mientras estamos *“mirando con el rostro descubierto y reflejando como en un espejo la gloria del Señor, somos transformados de gloria en gloria en su misma imagen.”* Es ese contacto con El que santifica que hace que vayamos siendo transformados.

Ahora, quiero mencionar brevemente tres medios que Dios utiliza para realizar su obra de santificación en nosotros. Primero es a través de su palabra. Juan 17:17 dice, *“Santificalos en tu verdad: tu palabra es verdad.”* La palabra de Dios es un agente santificador que Dios utiliza para hacernos santos (Compara Efesios 5:25-26, *“Maridos, amad a vuestras mujeres, así como Cristo amó a la iglesia y se entregó a sí mismo por ella, ²⁶para santificarla, habiéndola purificado en el lavamiento del agua por la palabra.”*). Obviamente no quiere decir que simplemente leyendo vamos a ser cambiados como si la Biblia fuera un libro mágico. La idea es mientras nosotros leemos, creemos, y obedecemos la palabra de Dios, Él nos va transformando. Tenemos que dejar que la palabra cambie nuestra forma de vivir y nuestra forma de pensar, que la palabra sature nuestra sangre y nuestra mente y nuestro todo. Cuando esto pase, cuando la palabra realmente gobierne nuestra vida podemos decir que la Biblia nos está santificando.

Otro medio que Dios utiliza para santificarnos es el sufrimiento. Por supuesto el sufrimiento no es muy grato, sin embargo, es un instrumento que Dios usa para transformarnos, para alistarnos para el cielo. Por eso dice 1 Pedro 1:6-7, *“Por lo cual vosotros os alegráis, aunque ahora por un poco de tiempo, si es necesario, tengáis que ser afligidos en diversas pruebas, ⁷para que, sometida a prueba vuestra fe, mucho más preciosa que el oro (el cual, aunque perecedero, se prueba con fuego), sea hallada en alabanza, gloria y honra cuando sea manifestado Jesucristo.”* Las pruebas vienen para probar si nuestra fe es genuina o no y también para purificar nuestra fe para que a fin de cuentas pueda traer gloria a nuestro Señor cuando El regrese. Santiago 1:2-4 repite la misma verdad, *“Hermanos míos, gozaos profundamente cuando os halléis en diversas pruebas, ³sabiendo que la prueba de vuestra fe produce paciencia. ⁴Pero tenga la paciencia su obra completa, para que seáis perfectos y cabales, sin que os falte cosa alguna.”* Las pruebas son parte de un proceso diseñado por Dios para ayudarnos a madurar espiritualmente. Nuestra responsabilidad es reconocer esto y someternos a Dios y al proceso que El está llevando a cabo para santificarnos.

Aunque hay varios medios, déjenme compartir un ejemplo más, el compañerismo de los hermanos. Dos pasajes que enseñan esta verdad se encuentran en el libro de Hebreos. Primero, Hebreos 3:12-13 dice *“Mirad, hermanos, que no haya en ninguno de vosotros corazón tan malo e incrédulo que se aparte del Dios vivo.”*¹³ *Antes bien, exhortaos los unos a los otros cada día, entre tanto que se dice: «Hoy», para que ninguno de vosotros se endurezca por el engaño del pecado.”* Aquí el autor indica que el pecado es una fuerza activa que busca engañarnos y hacer que nuestros corazones se desvíen del camino de Dios. ¿Cuál es la solución? El compañerismo cristiano. O sea, el autor nos exhorta que nos preocupemos por los otros hermanos de la iglesia. Nos dice que todos tenemos que mirar que el pecado no engañe a ninguno de los hermanos. Cada creyente entonces es un instrumento que Dios quiere utilizar para cuidar a los demás hermanos, para protegernos de la incredulidad y del pecado. La exhortación mutua es un medio que Dios utiliza en el proceso de la santificación. Otro pasaje que enseña el mismo concepto es Hebreos 10:24-25, *“considerémonos unos a otros para estimularnos al amor y a las buenas obras, ²⁵no dejando de congregarnos, como algunos tienen por costumbre, sino exhortándonos; y tanto más, cuanto veis que aquel día se acerca.”* Los tiempos son malos y las tentaciones son constantes. ¿Qué hacemos frente estas realidades? Tenemos que estimularnos a seguir adelante, a obedecer, a vivir la voluntad de Dios. El compañerismo, la exhortación mutua entre hermanos es crucial para el crecimiento y el fortalecimiento espiritual. Es un medio que Dios utiliza en el proceso de la santificación.

Entonces, es indiscutible que Dios es El que nos hace santo. No obstante, Él lo hace a través de medios específicos, inclusive nuestros esfuerzos humanos. La santificación es una labor ardua, una responsabilidad diaria. Es algo que debe estructurar toda nuestra vida, cada decisión, cada reacción, cada prioridad y deseo. Sin embargo, sabemos que nuestro trabajo puede resultar en crecimiento SOLAMENTE porque Dios ya ha estado obrando en nosotros fomentando tanto el querer como el hacer. Su obra precede nuestro trabajo y hace que nuestro progreso sea posible.

Ahora, todo esto nos lleva al tercer aspecto de la santificación.

C. La Certeza de la Santificación

Quizás hayas pensado, ¿Qué confianza puedo tener que realmente voy a llegar a la meta? ¿Cómo sabemos que algún día verdaderamente vamos a ser santo? Tenemos que considerar otras dos verdades que también parecen ser contradicciones.

1. La Santificación es una obra asegurada

Es muy fácil desanimarnos en medio de la batalla. Nos miramos a nosotros mismos, a nuestras vidas y el progreso tan inconstante y tan lento y nos sentimos derrotados. Es muy fácil mirarnos en el espejo y observar cuan incapaces somos, cuan débiles, cuan aptos para fracasar y pecar y por todo esto sentirnos inútiles y vencidos. ¿Cuántas veces hemos querido darnos por vencidos? ¿Cuántas veces has creído que nunca jamás vas a poder terminar la carrera y llegar a la meta? Aunque todos nosotros luchamos con esas emociones quiero decirles hermanos que, si eres un hijo de Dios, si tú realmente eres un cristiano, de todos modos vas a llegar a la meta, vas a ser santo, vas a asemejar a la hermosura de Cristo. Si Dios realmente te ha escogido, Él ya ha determinado de conformarte perfectamente a la imagen de Cristo. Esto no es un mero sueño, tampoco una esperanza vana, sino es el plan eterno e infalible de Dios.

La Biblia nos asegura esto. Romanos 8:29 afirma, *“A los que antes conoció, también los predestinó para que fueran hechos conformes a la imagen de su Hijo.”* Pablo nos enseña una verdad alentadora, que Dios ha determinado de antemano, ya lo ha fijado como algo incambiable, que El mismo nos va a transformar hasta que asemejemos a la imagen de Cristo. Es una promesa de Dios. En 1 Tesalonicenses 5:23 Pablo expresa un deseo profundo, *“Que el mismo Dios de paz*

os santifique por completo.” O sea, Pablo ora por su santificación. Después explica lo que quería decir por su santificación, “*y todo vuestro ser—espíritu, alma y cuerpo— sea guardado irreprochable para la venida de nuestro Señor Jesucristo.*” El deseo de Pablo es que Dios les preserve a los creyentes para la venida de Cristo y que les haga santos en todo sentido. Pero imagínense como se deben haber sentido al leer esto y haberlo comparado con su experiencia diaria, sus fracasos, sus luchas, sus derrotas. O Pablo ¡que deseo tan bonito, pero no ajusta a la realidad! Con la debilidad de mi vida espiritual dudo que se cumpla tu deseo. Pero Pablo agrega en el verso 24 la clave, “*Fiel es el que os llama, el cual también lo hará.*” Es Dios que nos ha llamado a la salvación. Es Dios que nos ha predestinado para que fuéramos hechos conformes a la imagen de Cristo. Aun frente a las derrotas y debilidades nuestras, Dios sigue siendo fiel y El mismo nos asegura nuestra santificación. Él nos va a guardar, nos va a llevar a la meta, nos va a perfeccionar, no por nuestros méritos, ni por nuestra fuerza, sino por los méritos de su Hijo y por la fuerza de su Espíritu. Por eso escribe Pablo en 1 Corintios 1:8 que Cristo, “*os mantendrá firmes hasta el fin, para que seáis irreprochables en el día de nuestro Señor Jesucristo.* Y después agrega esta garantía, “*Fiel es Dios.*” La certeza de nuestra santificación descansa sobre la fidelidad de Dios y no nuestra habilidad. Descansa sobre lo que Él ya ha hecho y no sobre lo que nosotros tenemos que hacer. Como dice 1 Corintios 1:30 Cristo es nuestra santificación y no nosotros. Nuestra santificación es tan segura como Dios es fiel.

Sin embargo, aunque todo lo que acabamos de ver es verdad, tenemos que preguntarnos, ¿tengo yo alguna responsabilidad en todo esto? Esta pregunta nos lleva al otro lado de la moneda

2. Nuestra perseverancia es necesaria si vamos a llegar a la meta

Hay una doctrina que es tremendamente importante, a saber, la perseverancia de los santos. Dice esta doctrina que todos aquellos que verdaderamente han sido regenerados, que verdaderamente han nacido de nuevo, van a perseverar hasta el final. O visto de otro lado dice que todos aquellos que no son genuinos, los que parecían ser cristianos pero que realmente no lo eran, ellos serán descubiertos en el camino y por eso nunca llegarán a la meta. O sea, todos aquellos que tiran la toalla, que dan la espalda a Cristo, que vuelven a la idolatría, no van a ser santificados. Le falta la perseverancia que es esencial para poder llegar a la meta.

La Biblia enseña este punto en varios sitios. Por ejemplo, Hebreos 3:14 dice, “*somos hechos participantes de Cristo, con tal que retengamos firme hasta el fin nuestra confianza del principio.*” No es suficiente decir que creemos. Si nuestra fe es real nos llevará a la meta. La prueba de que realmente hemos sido hechos participantes de Cristo es si perseveramos hasta el final. La perseverancia es la prueba de la autenticidad de nuestra fe. Esto es exactamente lo que dijo Cristo en Juan 8:31, “*Si vosotros permanecéis en mi palabra, seréis verdaderamente mis discípulos.*” Pablo está de acuerdo en Colosenses 1:22-23 cuando dice que Cristo quiere presentarnos, “*santos y sin mancha e irreprochables delante de él.*”²³ Pero es necesario que *permanezcáis fundados y firmes en la fe, sin moveros de la esperanza del evangelio.*” El plan de Dios es presentarnos santos delante de Él. Esto si lo va a hacer. Sin embargo, algunos no van a llegar a la meta y por eso no van a ser presentados santos delante de Dios. ¿Por qué no? Porque no han permanecido fieles hasta el final. ¿Por qué no? Porque su fe no era genuina.

Pero ¿Cómo se puede relacionar estos dos aspectos tan opuestos? ¿La santificación es algo cierto o es algo que todavía tengo que trabajar para realizar?

3. Balanceando los dos polos

La respuesta a este dilema se encuentra en no confundir el orden correcto. Es verdad que solamente aquellos que permanecen serán salvos y por eso llegarán a la meta de la imagen de Cristo. Sin embargo, igualmente es verdad que Dios por su gracia incomparable sostendrá todos

los que realmente son sus hijos haciendo posible su perseverancia hasta el fin. O sea, nadie jamás puede permanecer fiel por su propia fuerza. Sin embargo, los creyentes perseverarán, y lo harán solamente por la gracia de Dios apropiada momento por momento mientras confiamos y obedecemos y continuamos pacientemente en sus pasos. Su fidelidad asegura nuestra victoria, no obstante, esta victoria viene a nosotros mientras mantenemos nuestra fe firme hasta el final. Y cuando por fin lleguemos a la meta vamos a mirar hacia atrás y observaremos que, aunque todo nuestro sudor y labor, todos nuestros esfuerzos y empeño eran necesarios, realmente fue por su gracia que llegamos, su gracia que nos empujó, su gracia que nos llevó hasta la meta. Hermanos, es verdad que tenemos que perseverar, que tenemos que continuar, que tenemos que luchar para poder llegar a la meta, pero en medio de todo esto podemos estar seguros de que si nuestra fe es genuina permanecerá fiel y firme hasta el final y seremos conformados a la imagen de Cristo en santidad perfecta y todo esto por la gracia soberana y maravillosa de Dios.

Todo esto es la doctrina de la santificación, el proceso de la formación espiritual.